

Las Exposiciones Universales son lugares de peregrinación al fetiche que es la mercancía...

WALTER BENJAMIN

Es innegable que una de las facetas más conocidas de Rubén Darío, y con justa razón, es la de poeta. Sus versos marcaron a varias generaciones de escritores y su cosmopolitismo urgente animó toda una época. Sus poemas son recitados en las escuelas y sus imágenes siguen siendo fuente de referencias literarias constantes. A pesar de esto, sus cuentos, difícilmente separables de la producción poética por su prosa cargada de imágenes y sonidos, se encuentran menos presentes en los imaginarios populares, aunque siguen siendo estudiados. No obstante, tenemos una faceta más, la cual fue ampliamente cultivada por el centroamericano: el ejercicio de la crónica. Darío escribió a lo largo de su vida una importante cantidad de textos periodísticos en los que explora tanto el alma humana como los espacios en los que se desarrolla. Este recorrido textual lo podemos ver como una forma de peregrinación por el vasto mundo que el poeta retrata por medio de observaciones detalladas, opiniones personales y comentarios agudos.

Esos textos fueron publicados primero en periódicos latinoamericanos, en especial en *La Nación* de Argentina, que le encargó buena parte de ellos, y se mostraban como una forma de vínculo estrecho entre América y Europa para una buena parte de esta producción. Para comprender la influencia de Darío en su generación y en las posteriores es indispensable acercarse a esta amplia y variada producción de crónicas que van desde el motivo recurrente del viaje, hasta los comentarios banales de la vida cotidiana en el París de la

DARÍO CRONISTA Y PARÍS

Sergio Coto-Rivel

“Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París”, decía Darío en su autobiografía. La Ciudad de la Luz siempre se fundó en la capacidad que tenía de reunir todo el arte, la belleza y el avance que el ser humano había logrado hasta ese momento.

Belle Époque, los chismes de la realeza finisecular o las pequeñas *escapades en campagne* durante la época parisina. Y es precisamente esta referencia a la Ciudad de la Luz la que me interesa destacar aquí. Darío y el modernismo latinoamericano son indisolubles de la experiencia parisina, aunque no será el último de los escritores que en el siglo que comienza llegarán con grandes ilusiones a la capital francesa atraídos por su peso cultural.

Rubén Darío se sitúa precisamente como la referencia más importante en las letras hispánicas de la transición entre dos siglos, una transición marcada fuertemente por el avance tecnológico y la despreocupación de quienes no han conocido la guerra. En este sentido, podemos leer buena parte de la producción dariana como un intento vigoroso por sacar a las letras latinoamericanas del provincialismo reinante y, especialmente, por unas

ansias aún intensas por determinar los valores de las identidades nacionales. La voz de Darío que podemos encontrar en sus crónicas se encarga de analizar, observar y estudiar con detalle tanto las referencias literarias de la época como los temas más banales de los que se habla en las grandes ciudades latinoamericanas, en las metrópolis parisina o madrileña y en la vida cotidiana de múltiples actores de una larga red de relaciones personales, profesionales y literarias. De este modo, abordar la producción de crónicas de Darío implica sumergirse en una variedad temática y estilística sorprendente.

“Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París”, decía Darío en su autobiografía. La Ciudad de la Luz siempre se fundó en la capacidad que tenía de reunir todo el arte, la be-

lleza y el avance que el ser humano había logrado hasta ese momento. París es así la parada indispensable en su vida y logra realizar este sueño en 1893. En junio de ese año toma el trasatlántico en Nueva York y a su llegada a París recibe la ayuda de otro centroamericano que ya tenía una buena experiencia en la ciudad, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Este último apoya a Darío para que realice otro de sus sueños de escritor: el encuentro con el poeta de su admiración, Paul Verlaine, a quien incluirá unos años después en su colección de retratos de figuras indispensables de la literatura: *Los raros*.

Pero volvamos a París. Luego de esta primera y corta temporada, Darío tiene la oportunidad de regresar a la ciudad de sus sueños cuando el periódico *La Nación* lo envía como corresponsal para el público argentino y de relatar así los acontecimientos destacables del evento más importante de finales del siglo XIX e inicios del XX: la Exposición Universal de 1900. Bajo el lema *le bilan d'un siècle*, la última de las exposiciones decimonónicas pretendía demostrar el progreso artístico y tecnológico gracias a sus amplios pabellones de exposición y a sus palacios dedicados a las diferentes naciones. La llegada a grandes pasos de la modernidad se hacía evidente en la inauguración del metro parisino y de la *rue de l'avenir*, una especie de acera móvil que permitía a los visitantes recorrer gran parte de las 216 hectáreas que componían la Exposición. Toda esta exuberancia en la novedad, el asombro y la admiración que podían causar los salones y palacios cautivaron de manera particular la mirada de Rubén Darío, quien se encontraba allí para dar cuenta de los alcances que podía tener este recuento finisecular en el imaginario de sus visitantes.

Los artículos enviados por Darío al periódico argentino fueron publicados de forma relativamente regular desde el inicio de la Exposición hasta aproximadamente el mes de octubre, de manera que hubiera una evolución temporal en la narración y en la observación del evento; sin embargo, hacia el final estos son presentados de manera más espaciada. Posteriormente los trabajos fueron recopilados y publicados en forma de libro –uso

Darío no se deja llevar en sus crónicas solamente por la impresión superficial que pueden transmitir la novedad y la mezcla con las técnicas más recientes, sino que pretende construir su visión relativamente crítica a medida que va avanzando el recorrido.

muy común en los cronistas de la época– bajo el título *Peregrinaciones* (1901). Esta publicación construye un sentido más allá de la lista de artículos de prensa, ya que estos pueden ser ahora leídos bajo una retórica claramente identificada con el viaje por medio de los desplazamientos urbanos, sobre todo porque el autor agrega al final del libro las crónicas correspondientes a su viaje por Italia.

La Exposición fue inaugurada el 14 de abril de 1900. La primera

crónica de Darío al respecto está fechada tan sólo seis días después y narra la visita del poeta al lugar del evento con el objetivo de guiar al lector a través de los diferentes componentes de este espacio. Así, el público latinoamericano que no puede desplazarse hasta París encuentra un relato organizado como una suerte de visita guiada de lo que está ocurriendo en la actualidad del centro moderno y cosmopolita de Europa.

La actualidad del instante se refleja también en los detalles que no han sido aún terminados, ya que la Exposición fue abierta sin estar completamente lista. Esto se observa en la falta de acabados de los palacios, el alumbrado deficiente o los espacios aún cerrados al público:

En el momento en que escribo la vasta feria está ya abierta. Aún falta la conclusión de ciertas instalaciones: aún dar una vuelta por el enorme conjunto de palacios pabellones es exponerse a salir lleno de polvo. Pero ya la ola repetida de este mar humano ha invadido las calles de esta ciudad fantástica que, florecida de torres, de cúpulas de oro, de flechas, erige su hermosa cara dentro de la gran ciudad (“En París”, 20 de abril de 1900).

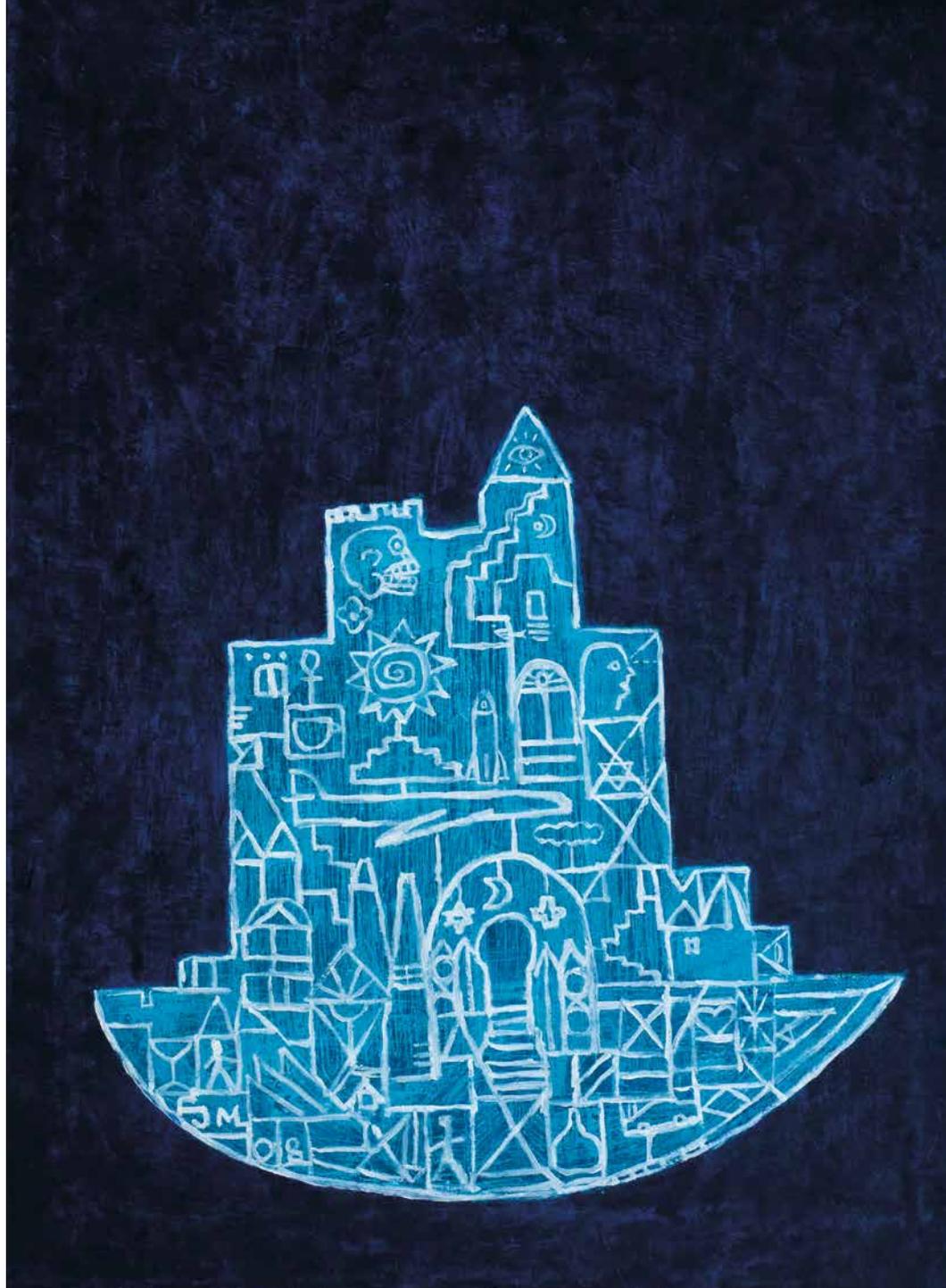
El polvo de los trabajos aún por realizar y la falta de detalles resaltan la veracidad de las impresiones transmitidas en la crónica. El lector puede así sentirse trasladado por las descripciones hacia la capital francesa y atrapado completamente por un movimiento de progreso y de admiración. Para esto, Darío hace que el lector observe desde lo alto el terreno dedicado al evento situado entre la Place de la Concorde y el Palacio de Trocadero hasta el Champ de Mars y Les Invalides. Lo mismo que podemos encontrar en

las postales à vue d'oiseau que se podían adquirir en las tiendas de la Exposición o que eran ofrecidas de uno de los pisos de la Tour Eiffel: "Y yo he vuelto a asistir a la misa de París, esta mañana, cuando la custodia de Hugo se alzaba dorando aún más el dorado casco de los Inválidos, en la alegría franca y vivificadora de la nueva estación" ("En París", 20 de abril de 1900).

El primer recorrido por la Exposición resulta inevitablemente majestuoso y este carácter alto y sublime es resaltado de manera evidente por los atributos que la ciudad le otorga. El lector debe entonces comprender este contexto particular a la hora de hacer el recorrido y atravesar la puerta monumental situada junto a la Place de la Concorde. Es en este punto donde vemos más claramente la posición de guía que adopta el cronista para adentrarse junto con el lector en el recorrido del Boulevard de las Naciones o del Viejo París:

He aquí la gran entrada por donde penetramos, lector, la puerta magnífica que rodeada de banderas y entre astas elegantes que sostiene grandes lámparas eléctricas, es en su novedad arquitectural digna de ser contemplada: admírese la vasta cúpula, la arcada soberbia, la labor de calado, y la decoración, y evítese el pecado de Moreau-Vauthier, la señorita peripuesta que hace equilibrio sobre la bola de billar ("En París", 20 de abril de 1900).

Darío no se deja llevar en sus crónicas solamente por la impresión superficial que pueden transmitir la novedad y la mezcla con las técnicas más recientes, sino que pretende construir su visión relativamente crítica a medida que va avanzando el recorrido. De igual



Arca de la ilusión

manera, el lector podrá también contrastar las opiniones que lo llevarán más fácilmente a vivir la experiencia. La cita anterior, por ejemplo, nos da una muestra de este procedimiento.

Este recorrido parisino, lleno de colores y de novedades espectaculares de la Exposición, comienza a tornarse opaco cuando el autor

deja de interesarse directamente en el gran evento de 1900 que finaliza el 12 de noviembre. Podemos preguntarnos entonces qué pasa en París después de albergar la primera gran vitrina del siglo xx. El final de la gran fiesta anuncia otra más habitual: la Navidad. Dos artículos especialmente se centran en las particularidades de la celebración

y la forma que toma la ciudad para recibir el año nuevo. El primero de ellos, “Noel parisiense”, se presenta bajo un ángulo bastante diferente a los anteriores. El contexto ya no está delimitado por la Exposición, sino que se abre a la ciudad, como la mirada del poeta quien, como un *flâneur* de Baudelaire, camina, observa y comenta. París parece regresar a la normalidad, casi a la banalidad, que no se encontraba en los comentarios precedentes sobre la ciudad y sus avances. Esta vez las grandes tiendas, antecesoras directas de nuestros amplios centros comerciales, se llenan de visitantes en un frenesí de compras:

...todos los almacenes fabulosos, caros a la honorable burguesía, invadidos profusamente por papá, mamá y el niño; en las chimeneas crepitando la leña y el carbón; los zorros, las martas cebellinas acariciando los cuellos de las mujeres: El *flirt* y la lujuria, con su cómplice el frío; en las calles asaltos y asesinatos con más furia y habilidad que nunca... (“Noel Parisiense”, 26 de diciembre de 1900).

Los templos del consumo de la ciudad muestran en todo su esplendor las marcadas diferencias sociales que existen y que han sido veladas en los múltiples comentarios de una urbe que se presenta como el faro de la civilización occidental. No hay que olvidar que el llamado París de la *Belle Époque* está lleno de miseria y hambre, no sólo de fiestas en el Ritz con Proust, salones burgueses y encuentros con las gloriosas *demi-mondaines*. La pobreza de la capital es patente en los barrios del este y para Darío también es visible la diferencia que existe en el precio de los juguetes de lujo para los niños privilegiados, como el de una muñeca: “con una sola de

ellas comerían varios días y tendrían con qué calentarse los extrabajadores de la Exposición que andan matando gente, matando de frío y hambre por la *banlieue*”. La desilusión, a los ojos de Darío, se hace poco a poco evidente y esto queda aún más claro en el último de los artículos del libro dedicado a la capital francesa: “Reflexiones de año nuevo parisiense”, en el que dice al inicio:

Al llegar el año nuevo, cuando el mundo vuelve la vista al siglo que pasó, hay alguien que hace notar su presencia de todas maneras, mientras París no hace sino quitarse su traje de color rosa para ponerse otro color de amaranto: la Miseria (“Reflexiones de año nuevo parisiense”, 1 de enero de 1901).

El contraste entre las consideraciones sobre el París celebrado durante la Exposición en todo su esplendor y el periodo en el cual, ya iniciado el invierno, comienza a perder sus trajes de lujo y a mostrar el otro lado de la moneda, resulta para Darío sorprendente y, a la vez, decepcionante. El espacio idealizado desde el texto literario, la poesía y los escritores admirados se convierte poco a poco en una ciudad como otras en las que la pobreza y el hambre se hacen también presentes. A lo largo del artículo encontramos toda una variedad de consideraciones negativas en relación con el espacio urbano y en ellas podemos ver, por ejemplo, un importante contenido moral en el que los vicios comienzan a perder a quienes se aventuran en la ciudad. La prostitución aparece por las esquinas y los hombres son presentados como seres llevados al abismo, arruinados por una conocida *demi-mondaine*: La Sra. Otero arruinará a varias familias, las señoras De Pougny y De Lorme llevarán a la

locura y al delito a más de un joven de buena familia (“Reflexiones de año nuevo parisiense”, 1 de enero de 1901).

La capital moderna y literaria abre paso a la decadencia en los ojos de Darío, basada en el dinero, el vicio y la mujer. Una decadencia –y no estaría de más decirlo– que resulta también sumamente literaria. Estas son algunas de las contradicciones parisinas a las que se enfrenta el escritor, las cuales serán también matizadas con las amplias descripciones del campo y la costa francesa en artículos posteriores, y que dan cuenta de la experiencia del poeta extranjero en una de sus patrias literarias.

Hemos visto entonces de qué manera esta primera experiencia de vida parisina para el escritor va poco a poco cambiando sus perspectivas y dejando las decoraciones modernistas para dar paso a una realidad más chocante y quizás más cercana. El París de Darío está construido con la esperanza y el progreso del nuevo siglo que comienza, la tecnología sorprendente y los avances occidentales en la técnica y el arte. Sin embargo, el observador cosmopolita no se queda en los brillos y las luces eléctricas, sino que se desplaza más allá, dentro de la ciudad, hacia un espacio que no se encuentra en las portadas de las revistas ilustradas o en las tarjetas postales, para recordarnos la miseria que vive una parte importante de los obreros parisinos. La Ciudad de la Luz tiene también un doloroso lado oscuro. **LPyH**

Sergio Coto-Rivel es doctor en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos por la Universidad Bordeaux-Montaigne, Francia; máster en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Costa Rica y en Filología Hispánica por el CSIC-UNED, Madrid. Profesor titular de literatura y civilización latinoamericanas en la Universidad de Nantes.